



GONZALO ARROYO

VIDAS REVUELTAS

La insumisión como brújula

RAFAEL SÁNCHEZ FERLOSIO / Escritor

dencia explosiva del esteta o del des-tripador. Si le hablas de sus novelas levanta las cejas garduñas y emprende un discurso frontal donde las ideas en zigzag arrasan cualquier amago de admiración a esa novela. Jamás ha puesto las neuronas a ras de la nostalgia. En su voluntad de olvido hay una cierta autodefensa.

Ferlosio no es un hombre en fu-

ter retrospectivo. En aquellos años su cerebro era una sopa química donde convivían exquisitas estrofas del *Infierno* de Dante junto a una amplia erudición sintáctica al hablar de sentencias judiciales. Las pastillas le arrancaban todas sus virtudes a la vez que en la cocina se apilaban los platos sin fregar. Ferlosio abandonó la gramática

jez solitaria y concurrida de pocos amigos escogidos.

Arrastra una legión de entusiastas de la que se siente muy ajeno, como si en verdad no entendiera qué ha hecho para sufrir la condena de ser admirado. Pocos hombres de

Sánchez Ferlosio en la rueda de prensa del Premio Nacional de las Letras 2009.

ES UNO de los grandes autores de la Generación de 1950. Un hombre contundente y esquivo. Capaz de asomarse a todas las polémicas y de escapar de la tentación del protagonismo

Por Antonio Lucas

Ló ves y parece un monje áspero y esquivo sometido a los vaivenes arteriales de una vida de persianas bajas, tostado a la luz de las velas. Rafael Sánchez Ferlosio ha pasado más de media existencia fatigando cuadernos de escolar (con una caligrafía imposible) donde consigna impresiones, desvelos y hallazgos que han cristalizado en la construcción más enigmática y singular de la narrativa española contemporánea.

Hay en todo lo suyo un centro gravitatorio de clandestinidad, de desconcierto, de insumisión. Una rebeldía de hombre en babuchas y con la línea de tiro del pantalón un palmo por debajo de su sitio. Gasta un físico muy adecuado a su figura. Rostro de lechuzca inapresable. La cabellera disparada. Las cejas pobladísimas y alborotadas como si pensarán por sí mismas a 220 voltios. La respiración fuerte, como de delfín. Jersey de pico. Camisa. Corbata descompuesta. Estos son los condimentos del mito. Esa elegancia alcanzada desde las más altas cotas del desastre.

Pero lo más admirable de Ferlosio es su fulminante caloría intelectual y la capacidad de detonar todos los géneros de la escritura para decir «tal o cual cosa», como si aquello no hubiese sido jamás enunciado. Ha roto cualquier canon con una prosa que nace del pensar escribiendo.

Es uno de los polemistas más incisivos de la modernidad. Un sujeto de inteligencia afilada que sólo necesita un bolígrafo barato para deflagrar convenciones sin asomar el hocico más allá de la jurisdicción de su guarida, donde desarrolla una gimnasia de paseos concéntricos alrededor del idioma hasta llevar las palabras a su punto de combustión. Palabras viejas para fuegos nuevos.

Nació en Roma, en 1927, hijo del escritor y periodista Rafael Sánchez Mazas –falangista de primera hora– y de la italiana Liliana Ferlosio. Pasó la juventud entre el casoplón familiar de Coria, los veladores del Café Gijón y las tascas de la calle de la Libertad. Era un joven flaco, con la cabeza levemente trapezoidal y la amenaza del triunfo literario acechándole. Fue el más aclamado de los narradores de su generación por dos libros excepcionales, *Industrias* y *andanzas de Alfanhuí* y *El Jarama*. «El último es el que más aborrezco de cuantos he escrito», ataja. Se marchó de la tribu literaria poco antes de cumplir 30 años, sin despedirse y asegurando que sólo había leído en su vida el *Quijote*. Empezó entonces a protagonizar, según los otros, una estela de rarezas que ayudaron a convertirlo en lo que es: el más punk de los plumíferos de la segunda mitad del siglo XX.

Odia la literatura con esa contun-

ga, sino un furtivo de naturaleza inflamable que no acepta la estupidez. Es un sable contra idiotas y entiende el fanatismo como una enfermedad de las palabras. A veces parece aspirar a que nadie lo entienda, pero aun así se sospecha rodar por el estudio del lenguaje y casi no regresa. De 1957 a 1972 se dedicó por entero a la gramática y al consumo de *dexidrina spansul*.

De aquella expedición voladísima quedaron miles de folios –algunos en libros como *Glosas castellanas* y *Guapo y sus isótopos*–, junto a algún rumor lisérgico, como que los comunistas le habían encargado una gramática para el partido. Cuando se lo recuerdas se deshueva.

Estuvo casi tres décadas sumido en una tensión insomne, estudiando la gramática por dentro y con un régimen farmacológico centrado en una ingesta voraz de anfetaminas que convertía la Sala RockOla en el plató de Barrio Sé-samo. «La dexidrina me hacía sensible a las relaciones formales de la gramática. Pasaba tres días consumiendo, sin parar de estudiar y escribir, siempre con luz artificial. Luego descansaba, dormía unas 18 horas, con uno o dos despertares para comer algo. Las bajadas de las *anfetas* eran maravillosas... Después iba con mi hija dos o tres días seguidos a los parques y museos... Y el lunes, vuelta a empezar. Nunca me lo he pasado mejor que entonces. Pero en los años 80 los socialistas prohibieron la dexidrina y me fastidiaron muchísimo. Probé el Katovit, la Coca-Cola... Pero ya nada funcionó igual».

La felicidad suele tener un carác-

terioso abandono la gramática por razones de salud mental al mismo tiempo que las anfetaminas perdieron su prestigio social en favor de las cápsulas de alcachofa.

Desde entonces ha publicado algunos libros deslumbrantes de ensayo, como *Vendrán más años malos y nos harán más ciegos*, *Sobre la guerra*, *Non olet* y *God & Gun*.

De aquellos días de cuelgue destaca un viaje extraordinario a Sevilla. Iba con Agustín García Calvo, muy puestos ambos de pastillazos. En un momento se detuvieron ante una tapia recién meada y, extasiados con el azar de aquella mancha, concluyeron que el relieve era igual al *Descendimiento de la Cruz* de Van der Weyden. Tal era el colocón.

Ferlosio leía, hasta no hace mucho, ocho periódicos diarios. Iba al quiosco con un carro de la compra que llenaba con papel impreso en varios idiomas: revistas y diarios españoles, italianos, franceses, ingleses y americanos. Con ese ajuar ha ido confeccionando también la frondosidad intelectual que deshoja en libros de ensayo y artículos dispersos. Es la forja de una civilización paralela donde él se preserva. Quisiera ser invisible mientras va soltando verdades que percuten al final como un obús. A los ochenta y tantos años, y casi en *paradero desconocido*, ha generado mil fábulas sobre sí mismo: unas hablan de su juventud de huidas deslumbrantes, otras de su ve-

letras poseen un antídoto tan potente contra la vanidad, contra la metadona del aplauso.

Lleva años encerrado en una suerte de covacha inexpugnable en los bajos del edificio en que habita. Es la antigua casa del portero. Ahí guarda la munición de sus obsesiones junto a unos cuantos volúmenes: de Adorno a los Estudios de Historia Social. También la Biblia protestante que manejaba su padre: «Un hombre muy elegante. Mire qué forma de subrayar el libro». Eleva cualquier conversación banal con argumentos de Tito Livio. Y si habla de una guerra actual lo hace reseñando las estrategias de Alcibiades. Hay días en que se deja ver por las calles del barrio de Prospe-

Lo más admirable es su fuerza intelectual y la capacidad de alborotar todos los géneros

Pasó más de 15 años de su vida estudiando gramática impulsado por anfetaminas

riedad apoyado en una garrota gorda. Dueño de una lucidez deslumbradora y de una escritura impulsada por destellos líricos, por sístoles barrocas, dispuesta a la dentellada. Es Rafael Sánchez Ferlosio, orbitando en la clandestinidad.

Mañana:

.....
Carlos Caszely